

nes escénicas. Un hecho que creemos que podría mejorar aún más la edición es la colocación a pie de página de las notas que van ahora al final del volumen, puesto que de este modo se agilizaría bastante más la consulta de las mismas, lo que viene a reforzarse por el hecho de que no figura en la edición el texto latino, y teniendo en cuenta que la mayoría de las referencias efectuadas en notas se refieren a diferencias en las ediciones, sería bastante conveniente.

El editor no ha incluido en la edición el sumario de Gayo Sulpicio Apolinar, con lo que nos encontramos ante una diferencia entre esta traducción y la mayoría de las demás (baste citar que la edición realizada por J. Sargeaunt en Loeb la lleva; la versión francesa realizada por Marouzeau para Les Belles Lettres también la incluye, y la última edición castellana que conocemos, realizada por Aurora López y Andrés Pociña para Akal, también la presenta). Desconocemos los motivos del editor para no incluirla, a no ser que quisiera conservar en toda su pureza el texto terenciano sin desear contaminarlo con añadidos posteriores, dado que el citado sumario está fechado hacia el siglo II d.C. Este hecho no descalifica en absoluto la edición que estamos comentando, sino que parece extraño que no se incluya cuando la mayoría de las ediciones así lo hacen.

En las notas es donde podemos observar el concienzudo trabajo realizado por el editor, puesto que ha controlado las principales ediciones del texto terenciano a la hora de realizar la traducción, acotando las veces que sea necesario con las opiniones de los diversos autores.

Los índices completan el volumen que presenta una clara utilidad, por reunir el *corpus* terenciano en las diversas lenguas modernas. Como conclusión, podemos decir que la obra en su conjunto es excelente, aunque debería introducir algunos elementos más, como introducciones y una pequeña puesta al día de la problemática del autor, o la más necesaria de incluir las notas a pie de página.

MIGUEL RIBAGORDA

F. DE P. DÍEZ DE VELASCO ABELLÁN, *El origen del mito de Caronte. Investigación sobre la idea popular del paso al más allá en la Atenas clásica*, Madrid. Editorial de la Universidad Complutense (Colección tesis doctorales, n.º 400/88), 1988, 2 vols., XI + 1.000 págs.

La investigación de los mitos y su función en un contexto social determinado no es uno de los campos preferentes de investigación por parte de los profesionales de la Historia Antigua en nuestros días. Por ello, es necesario dar la bienvenida al trabajo que ahora comentamos, sin duda, uno de los más sugestivos que ha sido publicado recientemente. Tan sólo el amplio y exhaustivo esfuerzo de recopilación documental en torno a la figura del Caronte clásico y su significación simbólica realizado en esta obra merece la aprobación de cualquier estudioso de este tipo de cuestiones. Mas el libro, como su propio título indica, trasciende del completo y detalladísimo catálogo para adentrarse en un sistemático análisis de la iconografía de Caronte (pp. 7 ss.), que comprende un doble estudio de su representación en las *lécitos* áticas de fondo blanco: externo (pp. 23-126), con atención a los pintores de estos vasos funerarios, así como su clientela y encuadre sociológico, e interno (pp. 127-415), que permite fijar el repertorio iconográfico y su contenido significativo y simbólico. No quedan al margen otros testimonios figurativos más escuetos y en algún caso controvertidos, como la *eschara* de Frankfurt, la

representación polignotea del infernal barquero o la estela funeraria del cerámico (pp. 8-22 y 204 ss.).

La investigación desarrollada continúa con un meticuloso y sagaz análisis de la figura de Caronte y la topografía del paso al más allá en la literatura griega. Primero, en el período preclásico, con la revisión de los testimonios homéricos y los proporcionados por Hesíodo (pp.431-447), al que sigue el estudio del clasicismo temprano (pp. 448-456) a través de la obra de Píndaro y Esquilo y la *Miniada*, obra escasamente conocida y de autoría dudosa, pero que no obstante ofrece la primera cita literaria clara y completa del barquero Caronte, expresión del gran cambio que se configura en este período con el declive de la ideología aristocrática y la subsiguiente separación de los ámbitos de lo profano y lo sagrado, todo lo cual redundará en un mayor interés por las ideas del más allá y del viaje posterior a la muerte. Tendencia que se consolida en el clasicismo pleno (pp. 457-481) en que Eurípides proporciona ya una descripción más detallada de la figura de Caronte y el mundo del más allá, convirtiéndose al mismo tiempo en «el primer autor que hace intervenir a Caronte de un modo notorio, tanto en el acto de la muerte como en la forma metafórica de simbolizarla» (pág. 466). Luego, Aristófanes abundará más en el detalle, proporcionándonos la visión más completa de Caronte de toda la época clásica y, al igual que Eurípides, de honda raíz popular. Finalmente, el período postclásico (pp. 482-494) asiste a la estereotipización de nuestro personaje y su paulatina pérdida de importancia en el rito del paso al otro mundo, siendo sustituido en contextos bizantinos y neohelénicos por *Charos*, genio infernal de la muerte y, finalmente, señor del inframundo.

Siguen unas conclusiones generales (pp. 495-526) en que se resalta el carácter dual de Caronte, por una parte salvaje raptor de origen remoto y que corresponde con una forma generalizada de entender la muerte en las sociedades campesinas y cuyos rasgos fueron heredados por el posterior *Charos*, si bien el autor considera arriesgada la reciente hipótesis de Hoffmann (pp. 516 y ss.) que pretende encontrar en la existencia de algunos genios indeterminados del más allá entre los griegos la constatación de un antiguo precedente, anterior incluso al Caronte clásico. Por otro lado, Caronte como barquero infernal, reviste un aspecto benévolo, que es el que presenta mayoritariamente en las *lécitos* funerarias de fondo blanco, obras de escaso valor artístico propias de una clientela extraída del amplio segmento popular de la sociedad. «La adaptación es lo que ha creado el Caronte barquero. La imaginación popular griega sobre el paso al más allá lo ideaba rodeado de aguas peligrosas y adaptó una antigua divinidad popular de la muerte o creó una nueva dándole los cometidos de permitir el paso franco de esas aguas infernales. Caronte toma los rasgos familiares de un *thes*, de un rudo marino y aparece como un compañero que guía la travesía hacia el inframundo» (pp. 520). Responsables de tal adaptación fueron los cambios de todo tipo que significaron el declive del universo aristocrático y la emancipación de la conciencia democrática que dio lugar a nuevas representaciones ideológicas. Testigo inequívoco, me atrevería a añadir personalmente, de una revolución.

La obra concluye con un apéndice a cerca de la moderna investigación sobre Caronte y el fenómeno de la muerte en el mundo griego (pp. 527-550) y otro de índole documental que ocupa, junto con la bibliografía y los diversos índices, la totalidad del segundo volumen.

R. T. RIDLEY, *History of Rome. A Documented Analysis* (Problemi e ricerche di storia antica, 8), Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1987, 696 pp. + 15 hoj.

«Another history of Rome?». Con esta singular frase comienza R. T. Ridley su Historia de Roma, adelantándose así a la pregunta que invariablemente se formularán muchos cuando el libro caiga por vez primera en sus manos. A continuación, Ridley se adelanta también en la respuesta, y contestándose a sí mismo y a la vez al lector, expone los motivos por los que esta obra se separa drásticamente de lo que en términos tradicionales se entiende por un manual. Y, desde luego, se esté de acuerdo o no con la opinión del autor, lo que indudablemente hay que reconocer es la originalidad del planteamiento que Ridley ha desarrollado.

La estructura general es de corte tradicional, esto es, presenta una división en capítulos que responde al concepto «normalizado» de manuales. Tras un primero a modo de introducción y dedicado a las diferentes fuentes de información con que cuenta el historiador, se desarrolla la propia historia de Roma según un esquema diacrónico: la fase monárquica se agota en un capítulo, los correspondientes al período republicano se etiquetan con títulos tradicionales (la conquista de Italia, los Graco, la época de Sila, etc.) y, finalmente, la fase imperial se estructura mediante dinastías. Asimismo, los apartados de cada capítulo son los «tradicionales». La obra finaliza con Diocleciano y Constantino, según la costumbre en los países de tradición británica, y con unos apéndices de carácter ilustrativo que completan los cuadros esquemáticos salpicados en el volumen. Pero todas las semejanzas que puedan encontrarse entre esta Historia de Roma y un manual tradicional se terminan aquí.

El planteamiento de todos y cada uno de los capítulos es altamente original. Según sus propias palabras, Ridley no se propone como objetivo ofrecer una síntesis basada en un cúmulo de generalizaciones, sino, todo lo contrario, esto es, descender al detalle y de forma esquemática presentar los acontecimientos históricos según un orden racional. Otro aspecto a destacar, y que, asimismo, no suele ser frecuente en manuales, es la gran abundancia de referencias a las fuentes antiguas, de manera que puede decirse que ninguna afirmación que hace el autor deja de estar documentada. El esquematismo —quizá excesivo— que utiliza Ridley priva al libro de todo desarrollo literario, lo cual actúa en beneficio de una consulta rápida y ágil, aunque no de una lectura amena.

Esta forma de redactar la historia no se encuentra, sin embargo, privada de inconvenientes, y algunos muy graves. El libro se presenta ante todo como un gran acopio de datos perfectamente organizados, pero en el que está ausente todo intento de interpretación de los mismos, voluntariamente deseado y perseguido por el autor, aunque a costa de un precio quizá muy elevado. Así ocurre que cuestiones de gran importancia, como por ejemplo una exposición sobre las ideologías o los conceptos del imperialismo romano, brillan totalmente por su ausencia, lo cual no deja de ser, pese a los propósitos del autor por buscar nuevas vías, un aspecto negativo de la obra.

Como el mismo Ridley expone en el prefacio, esta Historia de Roma está pensada de cara al estudiante, y en efecto, la forma en que está redactada, la distribución bibliográfica por capítulos y la mención de los pasajes antiguos que hacen referencia a los hechos en cuestión, sin duda alguna favorecen la labor de aprendizaje por parte del alumno. Sin embargo, la Historia no es simple y solamente información, sino sobre todo interpretación, y ello no sólo en la exposición científica, sino también, y no en me-